Tú, padre de la América, tranquilo
Descansa en paz en tu postrer asilo:
El reptil asqueroso
Que va arrastrando en el hediondo cieno,
No mancha al sol que baja al hondo seno
Del océano grandioso!

Descansa en paz! que por tu sangre pura
Un pueblo libre en voz solemne jura,
Que si la adversa suerte
Quiere imponerle de la infamia el sello,
Preferirá sin doblegar su cuello
A la cobarde esclavitud, la muerte!!

ITURBIDE.

I

(1821.)

En fúnebres lechos de rojos laureles
Los héroes de Anáhuac rendidos yacian;
Sus viles tiranos gozosos reian
Mostrando á los pueblos el yugo fatal. . . .
Mas bajando Iturbide á la arena
Levantó con audacia la frente,
Y turbóse el poder insolente
Al oirle gritar: Libertad!

Dejando el sepulcro, sedientas de gloria,
Circundan al héroe mil sombras queridas
Que en lucha terrible perdieron las vidas
Por dar á su patria renombre eternal!
Y el heróico puñado de bravos
Que en el Sur esquivaba los hierros,
El silencio turbó de sus cerros
Con un grito de gozo marcial!

Cruzando las ondas de límpido lago,
El grande Iturbide y el noble Guerrero
Se estrechan la diestra con gozo sincero
Jurando reunidos morir ó vencer!
¿Por qué tiembla el tirano orgulloso
Que fundó en la traicion su derecho?
Amagando su pérfido pecho
Vió de pronto mil hierros vibrar!

En tanto en el éter sereno se asoma
De un ángel hermoso la faz placentera,
Y libra á los vientos la noble bandera
Do amantes se enlazan la gloria y la union. . . .
Y al momento, del suelo oprimido
Sube un coro apacible, armonioso,
Se estremecen las almas de gozo
Dulce llanto los ojos nubló!

Ya lanzan al polvo cadenas y aceros
Bajando las frentes los fieros hispanos:
Ya no hay opresores. . . . se estrechan las manos,
Palpitan los pechos de amor paternal!
Ya respira la patria oprimida,
Y al espacio sublime del cielo
Levantando nuestra águila el vuelo,
Al sol puro se atreve á mirar!

Los campos sangrientos recorre Iturbide
Desnudo el acero, buscando tiranos;
Mas viéndose en medio de amigos y hermanos,
Desprende la oliva del casco marcial.

Ni una flor deshojó el ardimiento
De sus nobles triunfantes corceles;
Abrumados de verdes laureles
Viólos México alegres tornar!

El sol baña el cielo y el gozo las frentes;
Con rostro risueño las hijas hermosas
De México, cubren al héroe de rosas
Latiendo su seno con grata emocion. . . .
Allí marchan sus fieles guerreros
Al acento de graves clarines;
Y resuenan los patrios confines
Con mil ecos de gloria y amor!

Tras siglos eternos de luto y oprobio
La tierra de Anáhuac despierta, palpita,
Y el pueblo sus masas inmensas agita
Por ver los pedazos del trono español!
Así al fin de una noche siniestra
Su placer el marino no agota,
Si le alumbran, la nave ya rota,
Junto al puerto las luces del sol!

Tan dulces trasportes, tan bella esperanza,
Cobija en sus pliegues la noble bandera:
Al ver de Iturbide la frente guerrera
La patria lo aclama feliz vencedor! . . .
Fatal genio le da una corona
Que fulgores siniestros destella. . . .
Mas hermosa su frente sin ella
Con su propio inmortal esplendor!

II

(1823.)

Un cielo cubierto de cárdenas nubes
Anuncia severo las iras divinas,
Los vientos se agitan, y en tristes ruinas
Mostró la discordia su rostro feroz!
Iturbide, proscrito y errante
Busca en playas lejanas abrigo. . .
Él la gloria llevaba consigo,
El furor en su patria quedó!

Ahogando del alma tenaz sufrimiento
De pié sobre el barco que lento se mueve,
Aun ve de su patria las cimas de nieve
Allá en el oscuro brumoso confin.
Aun parécele hallarse rodeado
En el campo de fieles guerreros,
Y que ve relucir los aceros
Y que escucha sonar el clarin! . . .

Por eso en su labio vagó una sonrisa,
Si al pié de su trono venganza buscára
De viles traidores la sangre bañára
Las áridas costas que ciñen el mar. . .
Mas quien dió libertad á su patria,
Se sublima en la gloria y perdona,
Y ama solo la rica corona
Que á la Iberia le supo arrancar!

Allá está dormida la vírgen morena,
Dos mares la arrullan con plácidas olas,

Si no la profanan manos españolas
Se debe á tu espada que el yugo quebró!
Ya sus lagos agita la brisa:
Sin el ceño de injustos señores
En los campos espigas y flores
Ilumina mas fúlgido sol!

Bastante luchaste, guerrero invencible,
Con viles traidores y gente estranjera;
Si el suelo de Anáhuac salvarse pudiera
Hallára en tu diestra la dicha y la paz. . .
Cruza, pues, las amargas llanuras,
Y en la itálica tierra reposa,
O en la reina del mar nebulosa,
Y á este suelo no tornes jamás!

III

¿Y quién desde el borde de estrañas regiones
Miró indiferente su patria querida?
Y cuál de tus hijos, ¡oh México! olvida
Tu suelo encantado, tu mágico Eden? . . .
Quien de niño respira tus brisas
Y miró tu magnífico cielo,
Si el destino lo lanza á otro suelo
Halla sombra y tristeza do quier. . .

No importa! al destino los héroes contrastan
Con pecho invencible, con frente serena,
Ya sople la brisa, ya cruja la entena
Y en el roto puente desplómese el mar.

Iturbide padece en silencio
Olvidando rencores y agravios;
Ni una queja pronuncian sus labios,
Ni un gemido se le oye exhalar. . . .

Oh! nunca dejáras del Támesis frio
La orilla nublada, do en rica indigencia
Sobre áridas rocas fundó la opulencia
El pueblo atrevido que al mar dominó!
Una mancha de sangre en mi patria
Un cadáver de menos hubiera;
Y al Eterno quejarse pudiera
Del destino sangriento y atroz. . . .

La voz del combate conmueve á Iturbide:
Oyendo el crujido de odiosa cadena
Que en manos de ocultos tiranos resuena,
Su noble ardimiento no es dado calmar.
«Nueva gloria en mi patria si es noble,
«Si es ingrata, la tumba en su seno! . . .
Y de nuevo confiado y sereno
Da su barco á las ondas del mar! . . .

En vano aparece, cual triste presagio,
Insólita sombra que vaga perdida
En medio al océano, mostrando la herida
Que inunda de sangre su manto imperial. . . .
Tristemente el guerrero sonrie
Y se vuelve impaciente hácia el viento,
Deseando el felice momento
En que torne la patria á pisar!

En vano al mostrarse la tierra de Anáhuac
Parece una vírgen de luto velada:
En vano en las sombras de noche callada
Un fúnebre grito las playas turbó. . . .
¿No será la discordia que huyendo
A las ondas amargas se lanza,
Destrozada su horrible esperanza
Ante el héroe que ya la venció? . . .

Tocaron tus plantas las playas fatales
A nobles patriotas, al genio que brilla:
Allí está la tumba! . . . allí está Padilla!
Allí está el cadalso que el crímen alzó!
Allí están los esclavos cobardes
Que del yugo fatal libertaste,
Esos brazos que tú desataste
Cavarán tu postrera mansion! . . .

IV

(1824.)

El yerto cadáver tendido en el polvo,
Al pié del cadalso conmueve y aterra. . . .
Al correr su sangre se agita la tierra
Sintiéndose herida del rayo de Dios!
Un silencio de muerte suspende
En los pechos helados la vida. . . .
Al insano furor parricida
Ya sucede el espanto, el horror. . . .

Tendió sobre el crímen la noche su velo;
Y el mar azotando la playa doliente,

Acoge y saluda con voz imponente
La pálida sombra del libertador!
Ni la aurora ahuyentó la tiniebla,
Triste velo de luto y de muerte
Va cubriendo á la América inerte
Sepultada en amargo dolor. . . .

Solo el pálido genio de Anáhuac
Vaga errante en las cimas de nieve,
Y á mirar hácia el cielo se atreve
Implorando piedad y perdon. . . .
Mas en vano: que el cielo indignado
En tinieblas veló la esperanza. . . .
La discordia rugiendo se lanza
A cumplir la fatal maldicion!!

SUICIDIO
DEL GENERAL TERAN.

AL SEÑOR

DON JOSÉ MARÍA LACUNZA,

EN MUESTRA DE SINCERA
GRATITUD.

Y hoy ¿dónde el jefe está? dónde está el sabio,
El campeon denodado,
Que allá en nuestras fronteras colocado,
El solo al estranjero detenia,
Y un ejército entero nos valia? . . .

JOSE MARIA LACUNZA.

TRISTE como la pálida sonrisa
Que vaga de un cadáver en los labios,
Muere la luz en el opaco cielo
De confusos vapores anublado.
No es ya la noche; mas la tarde fria
Del moribundo sol sigue los pasos,
Y la naturaleza silenciosa
Parece hundida en fúnebre letargo.